



LECCIÓN 193

Todas las cosas son lecciones que Dios quiere que aprenda.

Comentario de Sarah:

Esta es una lección importante y puede ser fácilmente malinterpretada porque estamos confundidos sobre la idea de Dios y las lecciones. Es útil mirar nuestra idea actual sobre Dios y Sus lecciones para descubrir realmente todas nuestras ideas falsas y extrañas sobre Quién es Dios y cuáles son nuestras creencias sobre Su papel en nuestras vidas en relación con lo que estamos aquí para aprender. El título de la Lección suena como si Dios quisiera que aprendiéramos algo. Sin embargo, la primera línea dice que Dios no sabe de aprendizajes, así que tenemos que explorar esto más a fondo para entender lo que se está diciendo.

No tenemos que aprender lo que somos porque lo que somos es un hecho. Sin embargo, lo que estamos aquí para aprender es el perdón para que los obstáculos al amor que somos puedan ser entregados al Espíritu Santo. Lo que tenemos que aprender es a soltar nuestra creencia en la indignidad y el auto odio para que podamos recordar lo que somos. Dejamos nuestros pensamientos que no perdonan en el altar interior donde reside la verdad. Lo hacemos mirando sin juzgar nuestros pensamientos de auto ataque para que el Espíritu Santo pueda descartarlos. Detrás de todas las apariencias brilla el Ser radiante, esperando ser revelado.

Somos nosotros los que provocamos las lecciones, no Dios. **“Y todo lo que parece sucederme yo mismo lo he pedido, y se me concede tal como lo pedí.”** (T.21.II.2.5) (ACIM OE T.21.III.15) La Corrección que nos revela el Espíritu Santo es que hay otra forma de ver todo. La interpretación que nos da es siempre la misma: somos el inocente Hijo de Dios. Aunque el guión de nuestras vidas ha sido escrito por nosotros fuera de este sueño de espacio y tiempo, puede servir para un propósito diferente cuando los acontecimientos de nuestras vidas se entregan al Espíritu Santo para su sanación. Lo que esto significa se puede resumir con la palabra "humildad". Es admitir que no tengo el control de mi vida y que todo lo que me he enseñado a mí mismo, todos los conceptos que mantengo y todos los pensamientos de bueno y malo están equivocados. Ahora pido humildemente ayuda para recibir una nueva interpretación de todo lo que percibo. Pido cómo debo ver cada circunstancia y situación que se presenta en mi vida.

En otras palabras, se trata de dejar de pensar que sé y de dar cabida a una nueva percepción haciéndome a un lado y dejando que me muestre el camino Alguien que sí sabe. Este es el Espíritu Santo, que está en la mente recta como símbolo del amor que somos. En cada situación desafiante y en cada encuentro difícil, tenemos la oportunidad de elegir perdonar para poder ver todo en nuestras vidas como algo que sirve al propósito de sanar la mente. Esto es lo que estamos aquí para aprender, y todo se aprende a través de nuestra función de perdón.

Lo que hemos llegado a creer es que somos víctimas del mundo y que debemos obtener de los demás lo que nos han quitado. En otras palabras, culpamos a los demás y a las circunstancias externas de nuestra condición. Cuando el dolor se vuelve lo suficientemente grande, nos motivamos a buscar otro camino, es decir, otro maestro; ya no acudimos al ego para que nos guíe. Nos damos cuenta de que recurrir al ego sólo trae más sufrimiento. Jesús pregunta: “¿**Preferirías tener razón** (sobre la forma en que ves la situación) **o ser feliz?**” (T.29.VII.1.9) (ACIM OE T.29.VIII.43) Esto es lo que Jesús llama una invitación al Espíritu Santo para que acuda a Él en busca de Su interpretación a medida que nos damos cuenta cada vez más de que depositar nuestra fe en nuestros pensamientos nunca nos ha traído paz ni felicidad.

El Espíritu Santo no nos manda Lecciones. Él conoce nuestra perfección, pero necesita nuestra cooperación para que podamos llegar a conocerla por nosotros mismos. Tenemos que estar dispuestos a llevarle nuestras percepciones erróneas para que se nos muestre que hay una manera mejor y una nueva forma de ver todo con la visión. Con la separación llegó la creencia de que el cuerpo y el mundo están fuera de nosotros y son la causa de cómo nos sentimos. De hecho, proyectamos la culpa de la mente en el cuerpo y en el mundo y la vemos fuera de nosotros. Por lo tanto, es un reflejo útil de lo que tenemos que ver dentro de la mente que es la causa de nuestro sufrimiento. La mente es la causa y el mundo es el efecto. Le hemos dado la vuelta, creyendo que el mundo y el cuerpo son la causa de lo que sentimos, y como tal, nos sentimos víctimas de los acontecimientos de nuestra vida.

Veamos algunas de las formas en que actualmente abordamos los problemas de nuestra vida que provienen de nuestra perspectiva de víctima. Cuando ocurren dificultades en nuestras vidas, a menudo nuestro primer pensamiento es que Dios tiene algo que ver con ello. Esto puede ser consciente o no. Aparece en pensamientos como: "¿Por qué me pasa esto?" "¿Qué he hecho para merecer esto?" o más específicamente dirigidos a Dios, "¿Por qué me castiga Dios?" o "¿Cuál es la lección que me trae Dios?". Jesús nos dice: “**Dios no percibe en absoluto.**” (L.193.2.4) En consecuencia, Dios no podría tener nada que ver con este mundo dualista de la percepción, ya que sólo conoce la Unidad. Pero, aunque Él no conoce el sueño de este mundo, no nos ha dejado sin Ayuda. Nos ha dado el Espíritu Santo para ayudarnos a salir de esta matriz a través del proceso del perdón. “**Él es, no obstante, Quien provee los medios para que la percepción se vuelva lo suficientemente hermosa y verdadera como para que la luz del Cielo pueda resplandecer sobre ella.**” (L.193.2.5)

El perdón es el medio que se nos da para purificar la percepción. Cuando experimentamos problemas, nuestra respuesta habitual es buscar una respuesta en el ego para tratar de arreglar lo que vemos como problema. Podemos elaborar estrategias para resolver las situaciones que nos causan dolor. Aportamos soluciones al problema basadas en experiencias pasadas, y si resolvemos con éxito el problema y nuestras necesidades se ven satisfechas, nos sentimos felices. Sin embargo, las soluciones que aplicamos nunca abordarán la verdadera fuente de nuestra angustia, que es la culpa en la mente. Sólo liberando la culpa podemos experimentar la verdadera paz y conocer nuestra inocencia.

Creemos que estamos por nuestra cuenta y que depende de nosotros intentar resolver los interminables problemas que aparecen en nuestra vida. Pero nunca se pueden resolver de verdad porque nos centramos en resolverlos en el mundo cuando el origen de todo problema está en la mente. Mientras intentamos defendernos de las fuerzas externas percibidas, nuestra paz y felicidad son esquivas porque no hay nada fuera de la mente. Mientras nos aferremos a estas perspectivas erróneas, seguiremos perpetuando el sueño. El único deshacimiento que es posible y la fuente de nuestra verdadera felicidad es con el Espíritu Santo cuando nos dirigimos a Él para

que nos dé Su interpretación de cada dificultad que encontramos. Esta es la única Lección que hay que aprender.

Venimos a este mundo a través del nacimiento, y pensamos que el juego ya está en marcha, y debemos aprender cómo vivir en el mundo y cómo jugar con éxito el juego de la vida aquí. Nos sentimos desafiados en este proceso de aprendizaje, pero cada vez más, o nos adaptamos al mundo y aprendemos a jugar el juego, o sentimos que hemos fracasado en cumplir con éxito sus aparentes requisitos. En cualquiera de los dos casos, nos sentimos cada vez más indignos e incapaces de descifrar cómo alcanzar la paz y la felicidad que todos buscamos. Todos hemos aprendido lecciones en este juego de la vida y ellas forman nuestros conceptos y creencias sobre nosotros mismos. Muchas lecciones las aprendemos a través del dolor. Si hemos pasado por varias relaciones difíciles, podemos aprender a no volver a confiar. Si nos castigaron por hacer trampa en la escuela, es posible que aprendamos a no hacer trampa o a mejorar en eso. En cualquier caso, el significado que damos a cada uno de estos acontecimientos forma parte de cómo aprendemos a desenvolvernos en el mundo. **“Los ciegos se acostumbran a su mundo adaptándose a él. Creen saber cómo desenvolverse en él. Han aprendido a hacerlo, pero no a través de lecciones gozosas, sino a través de la dura necesidad impuesta por las limitaciones que no creían poder superar. Y como todavía lo siguen creyendo, tienen en gran estima a esas lecciones y se aferran a ellas porque no pueden ver. No entienden que son las lecciones en sí las que los mantienen ciegos.”** (T.21. I.4.1-5) (ACIM OE T.21.II.6)

Sin importar cuál sea la forma de nuestras lecciones del ego, el contenido es siempre el mismo, que es más culpa, más indignidad y más desesperación. El ego trata de reforzar, diariamente, que estamos separados de Dios; que hemos manchado nuestra perfección; que nuestra voluntad es diferente a la de Dios; que no somos como Dios nos creó; que nacemos en un cuerpo; y que somos defectuosos y separados. Refuerza la idea de que nuestra fortaleza está sólo en nosotros, y, por tanto, sólo podemos depender de estos seres limitados y vulnerables que creemos ser. El mundo nos lanza curvas constantemente, y sentimos que depende de nosotros saber qué hacer. Estamos constantemente cambiando y ajustándonos a las circunstancias externas, y tratando de ser amables, pero a menudo parece que el mundo nos empuja demasiado lejos y el odio se abre paso a través de la amabilidad.

Como se ha dicho antes, también podemos creer que Dios nos envía lecciones que intentamos discernir en cuanto a su significado. Puesto que Dios no conoce esta ilusión, el Dios que creemos que nos envía lecciones difíciles, es en realidad el Dios inventado por el ego del que se habla en las Leyes del Caos, **“Pues si Dios no puede estar equivocado, tiene entonces que aceptar la creencia que Su Hijo tiene de sí mismo y odiarlo por ello.”** (T.23.II.6.6) (ACIM OE T.23.III.24) En otras palabras, Dios sólo se convierte en un ego más poderoso. Ahora le tememos y lo vemos como el enemigo que nos envía lecciones difíciles para forjar nuestro carácter. ¿Cómo podemos confiar en un Dios así?

El ego ha hecho un buen trabajo al enseñarnos que el mundo es la causa de nuestras dificultades y que nosotros somos su efecto. Como resultado, hemos aprendido a protegernos y defendernos física y emocionalmente. Sin embargo, Jesús nos muestra que la única lección que debemos aprender es a perdonar nuestra percepción errónea. El perdón es lo más cercano que tenemos en este mundo al Amor de Dios. El Espíritu Santo nos muestra que detrás de todas las formas de este mundo el contenido es siempre el mismo. El contenido detrás de todas las formas es el amor, pero se mantiene oculto hasta que aprendemos a ver con visión. Nuestros ojos sólo nos muestran las formas de este mundo. Para ver el amor detrás de las formas, necesitamos deshacer la manera en que vemos ahora. Necesitamos una nueva percepción. Eso es lo que nos ofrece el milagro.

Cuando abrigamos pensamientos de ira, angustia, victimismo, exigencias, expectativas, traición, carencia, soledad e indignidad, estos pensamientos de auto ataque se proyectan en el mundo y en el cuerpo. Estos son los pensamientos que necesitamos traer a la conciencia para que puedan ser liberados. Eso es lo que ofrece el perdón. En otras palabras, sin importar lo que ocurra a nuestro alrededor ni la naturaleza del problema, la respuesta es siempre asumir la responsabilidad y perdonar nuestras percepciones erróneas. Lo hacemos reconociendo nuestros sentimientos, indagando sobre lo que estamos pensando y creyendo mientras mantenemos nuestra inocencia inherente, lo que significa que no nos juzgamos en este proceso.

Nuestras historias pueden variar y tener **“diferentes personajes y diferentes temas”** (L.193.3.4), pero detrás de todas ellas estamos llamados a aceptar el propósito de perdón del Espíritu Santo. El perdón nos muestra que ninguno de los aparentes problemas de este mundo es real. Así, para todos los problemas, la respuesta es siempre la misma. Es pasar por alto el error y reconocer su irrealdad.

Todo aprendizaje consiste en sanar nuestra percepción errónea. Dios no entiende la condición en la que nos encontramos, ya que nos conoce sólo como completos y plenos. Él sabe que estamos perdidos por lo que nos ha dado el Espíritu Santo para que sea nuestro Guía y Ayudante. Mientras que los eventos, las circunstancias, los diferentes personajes y los diferentes temas en nuestras vidas parecen únicos y diferentes para cada uno de nosotros, todos contienen la misma lección. **“Perdona, y verás esto de otra forma.”** (L.193.3.7)

Tuve una situación en mi vida en la que fui demandada por alguien. Percibí que me hacía algo que me producía dolor y angustia. Me enfadé con ella por el dolor que percibí que me causaban sus acciones. Me sentí víctima, traicionada y herida. Me pregunté qué había hecho para merecer esto y cómo podía resolver el problema. Luego, me di cuenta de que se me había dado la oportunidad de ver cómo yo estaba proyectando la culpa sobre ella que provenía de mi mente en lugar de la situación. Estaba dispuesta a aceptar que era una oportunidad para sanar y perdonar. Había estado utilizando la situación para demostrar que tenía razón sobre cómo la veía. Me sentía víctima y me percibía vulnerable a los ataques. Ella era culpable y yo inocente. Quería demostrar que el problema existía realmente ahí fuera, y no por la culpa en mi propia mente. No quería aceptar que mi sufrimiento provenía enteramente de mi propia culpa. Esta situación era simplemente un testigo de la culpa que estaba albergando en mi mente. Era sólo una lección más que Dios querría que aprendiese para poder perdonarla y verla de otra manera.

Jesús nos recuerda una y otra vez que la culpa es el contenido detrás de todos los problemas que experimentamos en el mundo. Él hace que la lección sea **“tan simple que al final no se puede rechazar.”** (L.193.4.3) Nos pide que veamos que todo lo que nos resulta difícil en nuestra vida no tiene una causa externa. Nuestra mente ha establecido estas situaciones para probar la verdad de las lecciones del ego sobre la culpa y el miedo. El problema sólo puede resolverse en la mente, donde se originó en primer lugar. Si tenemos culpa en la mente, convocaremos a nuestras vidas aquellas situaciones que traen el castigo que creemos que nos espera. La única respuesta es mirar la culpa y traerla a la luz. Los disgustos que creemos que vienen del mundo son generados por nuestra creencia en la culpa. Por eso Jesús nos pide que reconozcamos: **“Nunca estoy disgustado por la razón que creo”.** (L.5)

Jesús reconoce que para nosotros **“no parece que todo pesar no sea más que una falta de perdón.”** (L.193.4.1) Si ése es realmente el contenido que hay detrás de todos los acontecimientos, circunstancias y situaciones de nuestra vida, con el tiempo aprenderemos que la uniformidad del contenido hace que nuestro aprendizaje sea seguro. Recibiremos muchos

ejemplos de problemas una y otra vez para que finalmente veamos que el único cambio real posible es a través del perdón. La respuesta es siempre la misma, sea cual sea la forma del problema. Siempre sufriremos hasta que comprendamos esto. La falta de perdón es el origen de todo el dolor. Jesús dice que aprender esto es sencillo porque sólo hay una respuesta. No tenemos que descifrar toda una serie de lecciones que hay que aprender. Todo es lo mismo. **“Perdona, y verás esto de otra forma.”** (L.193.3.7)

¿Significa esto que no actuamos en el mundo? Por supuesto que no, pero sí significa que las acciones que realizamos provienen de un lugar de paz, un lugar de perdón y a través de la guía. En última instancia, Jesús nos recuerda que no tenemos ningún control sobre el mundo que hemos fabricado. **“Tu voluntad sigue siendo incapaz de oponerse a lo que la Suya dispone, y ésta es la razón de que no tengas ningún control sobre el mundo que fabricaste.”** (T.12.III.9.4) (ACIM OE T.11.IV.33) Todas las lecciones que nos enseñamos a nosotros mismos sobre cómo vivir en este mundo consisten en aprender a conseguir el control, pero esto es sólo la ilusión del control. Continúa recordándonos que sí tenemos control sobre nuestra propia mente. Así, podemos aprender que nunca es el mundo el que nos causa dolor, sino que es nuestra decisión equivocada de estar separados y ser especiales. A través del perdón, deshacemos la decisión que tomamos de estar separados. Vemos que todos somos iguales y que los intereses de nuestros hermanos son los nuestros. Aprendemos que nos hemos equivocado, pero que ahora podemos acudir al Espíritu Santo, que es la Respuesta a todo nuestro dolor y sufrimiento. Podemos aprender a ver todo, no como una amenaza, no como una pérdida y no como un ataque, sino como un paso en nuestra propia sanación y, por tanto, un paso hacia la plenitud y hacia Dios.

Jesús dice que es algo sencillo ver nuestra elección equivocada en cualquier momento. **“¿Parece ser real el dolor en dicha percepción? Si lo parece, ten por seguro que no se ha aprendido la lección.”** (L.193.7.2-3) ¿Cuál es la lección? La lección es que hay una falta de perdón aún oculta en la mente. Significa que estoy eligiendo ver a través de la percepción de mentalidad errónea del ego. Significa que todavía hay culpa en la mente, llamando a ser deshecha. Es irrelevante si veo el dolor en mí o en ti, ya que es lo mismo. Si veo víctimas y agresores en el mundo, estoy viendo a través de mi propia culpa. Estoy eligiendo no estar en paz. Por lo tanto, es necesario perdonar. Reconozco que estoy utilizando esta situación para alejarme del amor que soy, y que necesito ayuda para perdonarme por mi percepción errónea. Jesús dice: **“Dios no quiere que sigas sufriendo de esa manera. Él quiere ayudarte a que te perdones a ti mismo.”** (L.193.8.1-2) El sufrimiento es algo que nos imponemos a nosotros mismos. Si elegimos sufrir, estamos renunciando a nuestra salvación (felicidad).

Es en nombre de nuestra propia felicidad que Jesús nos suplica: **“Deja que la misericordia llegue a ti cuanto antes.”** (L.193.10.2) La culpa en la mente nos hace pensar que no merecemos la misericordia, pero el tiempo es nuestro para usarlo con el propósito de deshacer la culpa. Así, **“Hoy trataremos de superar en un solo día miles de aparentes obstáculos a la paz.”** (L.193.10.1) Dice que llevamos demasiado tiempo fuera de la casa de nuestro Padre. ¿Por qué nos demoramos y mantenemos nuestro sufrimiento al margen de la sanación cuando todo podría desaparecer con la Ayuda que tenemos a nuestra disposición?

Este día, sea cual sea la situación, si la computadora se estropea, si una relación no funciona o si alguien te roba el coche, en lugar de buscar la lección en el mundo, o de intentar averiguar qué hacer, ¿qué pasaría si nos diéramos cuenta de que **“Esta es la lección que Dios quiere que aprendas: Hay una manera de contemplarlo todo que te acerca más a Él y a la salvación del mundo.”** (L.193.13.1) Sí, la situación puede todavía estar ahí para ser atendida, pero la angustia desaparece cuando perdonamos. El tiempo se nos da para este propósito, así que

el tiempo que tardemos depende de nosotros. Miramos al ego con honestidad y valentía, sin juzgar ni temer. Ahora el problema, tal y como lo hemos definido, ha desaparecido. Con el perdón, se neutraliza el poder de esa situación para hacernos daño. Eso es lo que cada situación está ahí para enseñarnos una y otra vez hasta que el perdón se convierta en todo nuestro enfoque para nuestro tiempo en este mundo.

Hoy, nos recordamos a nosotros mismos: “**Perdonaré, y esto desaparecerá.**” (L.193.13.3) Ante “**toda aprensión, preocupación o sufrimiento.**” (L.193.13.4) y todo lo que nos provoca, elegimos verlo como una oportunidad de aprendizaje. No dejamos pasar las pequeñas molestias e irritaciones sin prestarles atención. Cuanto más practiquemos esto a diario, más haremos de cada instante un instante santo y daremos los pasos necesarios para abrir la puerta del Cielo. Las palabras de esta Lección, “**Perdona, y verás esto de otra forma.**”, (L.193.5.1) tienen un poder inmenso cuando se aplican sinceramente a cada situación. “**No te niegues a dar los pequeños pasos que te pide para que puedas llegar hasta Él.**” (L.193.13.7)

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca